

Y SOPLÓ Y SOPLÓ Y LA CASA NO DERRIBÓ

Éranse una vez tres amigos que desde la infancia compartían todo. Iban al colegio juntos, jugaban en la calle durante horas y siguieron jugando décadas. Les unía una amistad inquebrantable, pero cuando se reunían en torno a una mesa afloraba el mismo acalorado debate sobre el medio ambiente ya que cada uno tenía una visión diferente.

Alfonso era un tipo práctico y vivía el día a día. Sostenía que lo del calentamiento global era una patraña y que a él no le afectaba en nada. Javier era el despistado del grupo y aunque no era tan radical como su compañero, el medio ambiente no era un tema que le quitara el sueño. En el otro extremo estaba Pedro, muy trabajador, con grandes inquietudes sociales y defensor a ultranza de la naturaleza.

- Pues mi casa será la más grande del barrio y con todo tipo de lujos- decía Alfonso-. Instalaré una chimenea de gas para las noches de invierno o simplemente para dar a mi casa un toque distinto. Por supuesto, tendré un coche de gasolina pues no puedo perder tiempo cargando los híbridos .

- Yo lo que no pienso hacer es tener en mi casa cuatro recipientes para depositar cada tipo de basura- sostenía Javier -. ¡ Qué pereza tener que separar todo!

Además he visto en internet vídeos donde afirman que al final todos los residuos van al mismo sitio y el reciclaje es una tomadura de pelo.

- Sabéis que tenemos hijos, ¿ no? Y nuestros hijos tendrán hijos, ¿verdad?-replicaba Pedro-. Y ¿los hijos de nuestros hijos tendrán hijos no? Si nos quedamos sin recursos naturales, ¿de qué van a vivir? ¿ Acaso no os importa?

Pasaron los años, todos ellos se casaron y cada uno decidió formar su propio proyecto de vida. Pronto comenzaron a dejar de verse de una manera tan habitual.

El primero de ellos, Alfonso, trabajaba en una multinacional petrolífera de prestigio. Tenía un estatus social alto, ganaba un gran cantidad de dinero que le permitía tener todo tipo de lujos pero vivía siempre acelerado. Su hogar, que con piscina enorme, era totalmente dependiente del petróleo, ya que la empresa le pagaba todo el consumo de carburante que realizaba y por eso no recurría a otras formas alternativas de energía.

Un día ocurrió algo que marcó su vida. La empresa quiso dar un **SOPLO** de aire nuevo lo despidió y tuvo que comenzar a pagar el combustible que consumía. El importe de las facturas, estratosférico, no podía pagarlas y tampoco quería renunciar a su alto nivel de vida.

Ante ello le cortaron el suministro de gas y el calor en la casa se hizo insoportable, ya que no podía poner el aire acondicionado en verano, ni la calefacción en invierno. Estuvo así durante varios meses, pero la situación se hizo insostenible. Arruinado, tuvo que abandonar la casa con toda su familia.

A pesar de la gran humillación que suponía para él y su familia el tener que reconocer su quiebra, pensó en llamar a su amigo Javier, que sabía que no le podía fallar.

-Buenos días, Javier, soy Alfonso.

-¡Hombre, Alfonso, amigo! ¿Cómo va todo, mi hombre de negocios?

-Pues mal, estoy arruinado, no tengo adónde ir, me he quedado sin casa, sin coche y sin trabajo. ¿Nos puedes acoger en tu casa hasta que encuentre algo?.

-Por supuesto, Alfonso. Mi casa es tu casa. Tenemos sitio de sobra.

Alfonso agradeció la hospitalidad aunque fue muy duro ya que la casa de Javier no tenía las comodidades a las que estaba acostumbrado. Javier vivía con su mujer y tres hijos, trabajaba en una empresa comercial y tenía una vida holgada pero sin lujos. Su vida no tenía altibajos, acudía al trabajo a diario y por las tardes realizaba varios viajes para llevar a sus hijos a las múltiples extraescolares a las que estaban apuntados.

La falta de conciencia ambiental de Javier fue heredada por su hijos ya que ninguno reciclaba en casa. Los residuos se mezclaban en la misma bolsa de basura hasta que quedaba a reventar y era depositada en el primer contenedor que encontraban. En algunos casos, cuando no había sitio en su interior, lo arrojaban al suelo porque, como decían, les daba pereza desplazarse unos metros hasta otro contenedor.

-Papá, el contenedor está otra vez lleno- chillaba su hijo mayor.

-No pasa nada hijo, déjalo en el suelo- contestaba el padre casi sin atenderle.

El tiempo pasó y la acumulación descontrolada de restos comenzó a pasarle factura. Los contenedores que había frente a su casa se desbordaron, a lo que se unió una inesperada huelga de recogida de basuras en su distrito. Javier, y el barrio entero, en lugar de llevar su basura a

los contenedores de una zona próxima sin huelga, decidieron seguir poniendo la basura en el suelo, por pereza. La basura fue cubriendo por completo la acera, mezclándose con el barro de las lluvias y los restos de hojas secas del otoño.

La mala suerte hizo que un día de mucho viento este **SOPLO** y una colilla mal apagada arrojada irresponsablemente en el montón de desechos provocó un incendio descomunal. Javier intentó apagarlo, pero era demasiado tarde y en cuestión de horas su hogar, que era el más próximo a los contenedores, quedó reducido a cenizas humeantes. Los dos amigos, junto a sus familias, se encontraron de la noche a la mañana en la calle y sin hogar donde poder refugiarse.

-¿ Qué hacemos ahora Javier?- preguntó Alfonso- ¿Adónde vamos?

-Oye, se me ocurre una idea- respondió Javier- ¿ Llamamos a Pedro?

-¿ Pedroooo? Déjate, seguro que con lo que es vive en el monte, en una casa de madera, sin luz, cultivando verduras, sin calefacción y ninguna comodidad.

-Alfonso, reacciona, no tenemos más opciones- apuntó Javier.

Tras convencer a regañadientes a Alfonso, Javier llamó a Pedro, que encantado les dio la dirección de su casa. Al llegar se llevaron una gran sorpresa.

-Oye Javier- manifestó Alfonso-. Pedro vive en el centro de la ciudad y parece una zona lujosa.

-Sí, tiene pinta- respondió Javier.

En cuanto vio a sus amigos Pedro se fundió en un enorme abrazo con ellos y ya dentro de su casa estos le contaron lo sucedido en sus viviendas. Sin reprocharles nada los acogió con los brazos abiertos y les fue enseñando su hogar.

-¿ Y esas cosas que parecen antenas de televisión?- preguntó Alfonso.

-Son paneles solares- respondió Pedro-. Estos recogen la luz del sol que se genera durante el día y luego la puedo utilizar como fuente de energía para todos mis aparatos electrónicos. ¿ Os acordáis del apagón de abril? Yo ni me enteré gracias a la energía que había acumulado la mañana antes del desastre. Además, el Ayuntamiento me ha pagado un buen dinerillo por colocarlos.

De repente algo llamó la atención de Alfonso de nuevo.

-¿ Qué tienes piscina? ¡Anda ya! Pero si gasta mucha agua y es carísimo, con lo que eres tú de protector del medio ambiente. ¡Venga, a ver cómo me explicas esto! Si ya sabía yo que muy activista pero a los lujos no renuncia nadie.

- ¿Veis esos tanques de allí?- replicó Pedro señalando unos enormes depósitos situados detrás de la vivienda-, pues durante el invierno en ellos voy recogiendo el agua de lluvia que cae y cuando llega el verano el agua, ya depurada, pasa por estos tubos que veis y así lleno la piscina sin gastar agua corriente. Por cierto, la depuradora funciona con algunos residuos que reciclamos a diario y no nos hace falta ningún combustible. Se llama biomasa.

Sus amigos no salían de su asombro. Energía propia, piscina en verano gratis que funciona con la lluvia. La casa de Pedro, en fin, una caja de sorpresas.

-¿ Y todos esos contenedores?- le pregunto Javier apuntando a unos recipientes de distintos colores que bien ordenados estaban en la cocina.

-Ah, sí- contestó Pedro-. Cada uno es para un residuo. Al separarlos generamos menos basura y hemos reducido a la mitad la tasa de basuras. Además, por cada envase que depositamos nos devuelven un euro y hay empresas que compran el aceite que y lo usan para producir biodiesel. No cuesta nada hacerlo y recibimos un dinerito para nuestros caprichos.

Alfonso y Javier pasaron de una sensación de asombro a un sentimiento de envidia al ver que la casa de Pedro solo producía beneficios. Inicialmente no se lo creyeron, pero tras semanas de convivencia, tuvieron varias oportunidades de constatarlo. Tenían energía sin restricciones, disfrutaban de la piscina gratis todos juntos sin problema y veían cómo los extras que recibía su amigo por el reciclaje le permitían darle algunos caprichos. Pasaron los meses y ambos se dieron cuenta de que la casa de Pedro era todo ventajas y debían tomar una decisión. Un día invitaron a Pedro a una cena para agradecerle toda su ayuda.

-Pedro, amigo nuestro- habló Alfonso-. Perdona estos años de discusiones, tenías razón. No solo es necesario cuidar el medio ambiente, sino que esto te puede dar muchos beneficios. Necesitamos tu ayuda para construir nuestros nuevos hogares sostenibles como el tuyo.

-Faltaría más - dijo Pedro con una sonrisa de oreja a oreja-. Contad con ello.

-Por cierto, os va a parecer gracioso- continuo con su discurso Pedro-. ¿ Esto que hemos vivido estos meses ¿no os recuerda a aquel cuento que nos leían nuestros padres de pequeños?

-Pues no.... ¿ a cuál?-interrogó Javier.

Pedro se puso en pie y agarrando un pequeño libro viejo, arrugado y descolorido que había encontrado en la pequeña librería de su casa, comenzó a leer.

-Éranse una vez tres cerditos que...

IÑIGO GÓMEZ RODRÍGUEZ